

Poesía 2014

2do. Lugar

Obra: Enseñanza y visiones

Autor: Eduardo Vargas López

Seudónimo: SFAT

Municipio: Victoria

Enseñanza y visiones.
SFAT
2014

Enseñanza y visiones.
SFAT
2014

Corresponsabilidad

Ceñiré mi túnica
con el lazo de tus sandalias,
con miel daremos movilidad a los carros,
los caballos de crines trenzadas
olvidarán la guerra que los convocó,
las rocas de las murallas consolidarán el templo,
las trincheras servirán de canales,
con la arena construiremos ventanas,
puliremos el suelo,
brillarán las huertas como joyas,
los viejos arrullarán a los niños,
los jóvenes lavarán el rostro de los ancianos,
las doncellas prestarán sus hombros
para apoyar a las abuelas,
el nido de la cigüeña
cobijará al errante,
con su pico limpiará los ojos de los ciegos.

Con sal estucaremos las paredes,
labraremos el ciprés y el pino,
dos columnas levantadas en las jambas,
estofadas con la sangre de nuestros dedos.

El anillo sellará nuestra labor,
los demonios encadenados,
las loas de nuestros vecinos
darán testimonio de nuestra empresa.

No hay Babel,
edifiquemos con humildad,
sin renovarse el llano
se convierte en estepa.

El sueño, legado colectivo.

Abrí los ojos al sueño,
la piel estorba,
el empíreo es mi continente.

Los sentidos dependieron de delirio,
me gustó la experiencia metafísica,
rechacé la ambrosia saludable.

¿Es real lo que ahora se revela?
¿Cómo puedo interpretar los símbolos?
¿El reflejo constituye mi materia?

El camino que seguí se inflamaba,
la vorágine se trocó por luminaria,
descarnado abandoné el arca.

El infante desnudo me corona,
su sonrisa ostenta fauces de serpiente,
su mejillas están frías, sus ojos son silente.

A dos pasos se transforma en el espejo,
es mi rostro, mis manos desecadas,
se encorvó al llegar al tercer paso.

Lo tomé por el hombro tembloroso,
él me respondió con bofetada,
con mucha fuerza intentó estrangularme.

Devoré su brazo y su costado,
su memoria invadió la mía,
uróboros de ceniza y plata.

Bocado a bocado, mi cuerpo sentía las mordidas,
mi garganta chillaba,
los labios se llagaban.

Terminó el combate al fracturarse mi pierna,
descubrí que soy también mi alimento,
veneno de mi propia carne.

Regresaré de la noche,
reconoceré mi reflejo,
en la alborada con mis sueños

ayudaré a los que despiertan.

Los atavismos serán analizados,
las figuras tendrán trascendencia,
la comunidad recogerá lo que en la noche maduró.

Compartiré con mi especie lo aprendido,
me nutriré también de su conciencia,
eucaristía a quienes me heredaron.

La cama sobre la pirámide,
tantas manos le dieron forma,
al final las lenguas los unificarán.

En los oídos se confunden,
los liga el sueño y el cansancio,
retozarán todos juntos bajo tierra.

Yo decido si la hierba crece en mi lecho,
si la sal se mezcla con el humus.
Alimentaré a las crías con mi sangre.

Crecimiento.

He pasado entre los dientes de la bestia,
temblé ante el frío de la caverna,
me arrancaron del hogar
como se siega el pasto.

En mis brazos coloqué los talismanes,
la cimera la coroné con los consejos,
calcé las habilidades de mis padres,
llevo el hato de mi ser,
la experiencia abriga mis espaldas.

¿Podré separar las semillas?
¿Recoger el oro de las cañas?
¿Visitar el inframundo y salir con vida?

Humillado, purificado, renacido,
el sueño no turbará mi salud,
atenderé a los instructores,
enmudeceré a las quimeras,
aprendí de los viejos los símbolos,
los leí enfrente de mis padres,
ahora me enfrento a las visiones.

Puedo presentarme ante el infierno,
mi sombra no me causa flaqueza,
entendí que soy lo mismo que aborrezco.

Ahora me recibe con un beso,
me dispongo a reposar en su sitial,
la doncella tabernáculo me adora,
cual relámpago su belleza me anonada,
es cadáver al inicio de la vida,
la materia hermosa se caduca,
me devorará si no se dominarla,
rechazaré a los hermanos y a la madre.

El amor se me dará como alimento,
desecharé del banquete los excesos,
beberé los saberes de los orbes,
viviré en la casa de mis obras.

El río.

La razón ha sido decapitada,
 cegada la misericordia,
 la saeta resplandece clavada en el yermo,
 pedregal y osario,
 el golpe tritura por igual al bronce, la roca y el cráneo,
 “descendió la tiniebla sobre los ojos”.

La herida de la espalda chilla como un animal,
 de rodillas con las manos llenas de vísceras, es fácil olvidar la prudencia.

El miedo, la insolencia y la ira
 emanan de las llagas,
 el caudal arrastra la podredumbre,
 las aguas se horrorizan ante los gemidos.

Los jóvenes beberán mañana su propia sangre,
 implorarán con las manos levantadas,
 no tendrán lecho fúnebre,
 guardarán la esperanza de que las aguas los acojan,
 ante el río y la muerte los ropajes son innecesarios.

Mira como las olas te buscan, tus crímenes no se ocultan en el llano,
 los olmos no te sujetarán, las marismas serán tu tumba.

Puedes dominar el fuego y aterrorizar a los hombres,
 yo estoy cansado,
 los peces huyen de los remolinos,
 me revelaré,
 ni las divinidades te salvarán,
 no vencerás a la naturaleza,
 regresaré a mi cause y borraré de la rivera tus vicios,
 la ciudad cerrará sus puertas.
 Las aguas volverán a ser potables.

La cuerda.

Las manos se arrugaron,
la enfermedad y la pobreza me raptaron,
la muerte floreció en mis ojos,
conozco la realidad.

Mis pasos son disimulados por el sonido de las deidades,
los caballos desaparecieron en un suspiro.

Me privaré de mi casa,
viviré en el camino,
no llevaré nada a la espalda.

El hambre consumirá mi cuerpo,
el tiempo consumirá el pensamiento,
la brisa me ahogará.

Recuerdo la infancia,
la faena paterna y el pan ganado,
mis dientes se muelen como el arroz,
las hierbas se enredan en mis huesos.

La abstinencia no engendra vida.

Los maestros deben ser rebasados.

La música nutrió mi delirio,
los neumas revelaron la verdad,
la armonía es justicia universal,
“Sí la cuerda esta floja no resuena,
pero si se tensa demasiado se rompe”.

La marcha.

Han destruido los muros,
como la estampida destruye los caminos,
así de efímeros fueron.

Asaltaron la casa,
las murallas no protegen de los engaños.

Las puertas sucumben
a pesar de sus jambas sagradas
y sus dinteles bendecidos,
desde adentro son abiertos los portones,
las deudas son voluntarias.

Ponte en marcha,
no te despojes de la armadura
ni pierdas tiempo en empacar tus bienes.

Carga en tus hombros al anciano,
tu padre te cubrirá la espalda,
susurrará,
ungirá tu nuca,
los viejos no pueden caminar,
tus muslos sostienen la historia.

Toma de la mano al hijo,
apresura su paso,
su planta debe conocer la graba,
no aprietes la mano del destino,
el futuro debe ir a tu lado.

Los penates se entronizan en tu aventura,
lo funesto y afortunado caben en la piel del toro.

Ostenta en la cabeza la libertad,
corona tu cabellera con los luceros,
el patrimonio también es un grillete.

Regresas a la sombra de la hecatombe,
el maridaje de la derrota es el recuerdo,
la muerte habla con voz de madre.

El dogma y la suerte devoran la prudencia.

El servicio.

Pasado el mediodía,
salí de la gruta,
el sol ya no me obcecó,
fulгурé cómo lumbre de horno,
la fronda pendiente de la cara
ahogó al talo del vicio.

No cortaré mi cabellera,
me servirá de guía
en la holganza crepuscular,
la sombra alucinará con mi visión,
escuchará mis cascabeles
y la procesión de los perros precediéndome.

Envilecerán las flores
ante la humildad de los huesos que porto,
mi silencio humillará al coro de los ríos.

Lavé las manos de los justos,
besé los pies a los desdichados,
al dios no pude atenderlo.

Extirpé el diamante de mi cimera,
los pies los calcé con ceniza,
el cuerpo lo ungué con barro,
renuncié a los dedos, cultivé las uñas.

Sobre un espejo me llevan a la puerta,
han regresado los guerreros a vitorearme.

La lluvia.

Atiende a las órdenes azarosamente,
 el río orada la tierra,
 el mar aprisiona al continente,
 el relámpago tala los cerros
 pero el agua no sacia al empíreo.

El roció es donado discretamente
 y la tierra lacerada agradecerá
 el cordial que la consuele.

Reparte la justicia como lluvia,
 atiende al desierto suplicante,
 el cielo loará tu providencia
 y los orbes propagaran la obra de tus manos.

Rescata al infante sepultado,
 la muerte danzará resignada
 pues tu gesta
 conmoverá las raíces de la carne.

La humildad liba las cementeras,
 las esferas velarán sus retoños,
 te ofrendará la milpa con sabiduría.

Oferente entra en el santuario,
 a tu paso romperán los cantaron y tecomates,
 de las heridas manará ambrosia y tuétano,
 tu sayal se trocará en brocados.

Lavarán la ceniza de tus plantas
 con perfume de nenúfares,
 te calzarán con sandalias atigradas,
 besarán tus manos los ancianos.

Tu ojos ya no te servirán,
 arrójalos por el barranco
 deja que los niños los encuentren.

El cuerpo.

En el hogar del cosmos,
apoyado propio,
conocí la verdad del mundo,
recorrí sus estancias infinitas,
no logré traspasar los muros,
mis pies nunca abandonaron sus corredores,
sometí lo existente desde dentro.

Lo que no alcancé a ver por la ventana,
lo dominé con las manos en el suelo,
testigo de ello son las alfombras desgarradas.

El ocre y la ceniza simularon el paisaje,
mi danza fue imitada por los astros,
en la boca de la cueva fui devorado,
mis miembros esparcidos me conforman,
completo me disuelvo en el rito.

La serenidad me volvió gigante,
hierático me plasmo en la roca y el papiro,
recto, anguloso, ensimismado.

Tensé entonces las corvas,
cargué a la espalda el orbe,
mi rostro lo entregué a lo divino,
la historia tomó mi forma,
la agonía de mi carrera
coronó mi semblante.

Troqué el gesto por los símbolos,
las manos narraron en vez de mi boca,
me aprisioné entre los mantos,
sobrepasé el empíreo.

Vuelvo a la gracia verdadera,
la realidad perfecta de mi casa,
la humildad de la piel ungida.

Las ideas me deforman,
figurarán los trazos lo que soy,
cuestionarán mi armonía y belleza,
fragmentarán de nuevo mis sentidos,

la fantasía de la métrica me toma.

Entrelazado con el resto de los cuerpos
me desintegro en la atmosfera terráquea,
mi espíritu poblará el universo.

Penetré en la concha de los mares,
junto al sol me sumergiré al ocaso,
dormiremos junto a la semilla,
arada mi piel.

En el climax me devolverán la sangre,
moriré en el cenit,
gozoso regresé al principio,
mis huesos manarán de las semillas,
mi linaje concibió al cosmos.

De mi ser nació el significado,
gesté las flores y los cantos,
cribaré mis actos en la tumba.

Odios y ansiedades
en el vientre,
la memoria y la voluntad
en la corona,
expuesto el hígado,
la pasión enajenada,
la fuerza de los brazos
muerden el destino,
el corazón entronizado,
las piernas en procesión interminable.

La música

Precede al sol el tímpano terrestre,
percute las entrañas el corazón infante,
danza la madre en palpito pueril.

Formaré al mundo con el canto,
el sonido dará materia a la gnosis,
curaré el sueño con los címbalos,
al que no nació le daré vida en el neuma.

Serenaré al niño con el arrullo de la fuente,
tañerá con sus manos la citara,
por si solo aprenderá el peán,
ni diez sabios le mostrarán la esfera.

Ensordeceré sus oídos a las ménades,
las sirenas sonarán como truenos,
repelará banquetes antropófagos,
dominará con su loor a las bacantes.

Que escuche el niño la música celeste,
que dirija el coro de los astros,
que armonice con sus pares el trabajo,
que cante en la asamblea con dignidad.

Valoraré sus risas cual discantes,
el carillón dará paz a su terruño,
en la noche veneraré el silencio.

Matemática.

El primero es indivisible,
 único, contenido en todos,
 de él dan fe los dos testigos,
 congregados invocan su misericordia,
 el segundo, disgregado, lleva caballos negros.

Pleno en tres, abundante,
 irrefutable en su verdad,
 proclama su noticia dichosa
 en la tierra débil, divisible,
 por los cuatro rumbos se escucha su voz,
 cantando fuerza, templanza, prudencia y justicia.

La gracia se suma a la humanidad,
 su humildad se equipara a lo divino,
 con cinco piedras vencerás al gigante,
 no necesitas de armadura,
 su mano te protege.

Esmérate en el trabajo,
 desecha la soberbia,
 seis horas de humillación
 desangraron al que trabajó seis días.

Enciende las siete lámparas,
 observa la visión completa,
 la máquina universal te habla,
 aprende de sus palabras,
 cuatro en el mundo,
 tres en el empíreo.

Resucita al octavo día,
 arroja tus miembros mancillados,
 transfigurado inicia tu labor.

Comerás el fruto de tus manos,
 al noveno mes abrazarás al sol,
 al noveno mes besarás la roca.
 anda ahora y construye,
 él te lo manda,
 atesora sus leyes ,
 se agradecido,
 ofréndale la décima parte.

En el monte.

El anciano sube al monte con el niño en los brazos,
 las corolas de Tlapatan liban el mediodía,
 en el Acacipantli el torrente anima el ochonecuauite,
 los muros del Amoxcalco están ensalitrados,
 manos divinas que regalan espíritu y materia.

El templo de la caverna refugiará al anciano,
 el niño tomará su sitio en la cumbre,
 su espalda sostendrá los cielos;
 las hormigas escalarán por sus pies,
 el mundo entero se someterá ante él,
 mezquites, ceibas, quetzalcuauite y cacao le rendirán tributo.

Su cuerpo será levantado,
 su faz será bandera de quien llora,
 las piernas suspendidas del tronco,
 las manos en actitud generosa,
 la mirada clavada en cada alma.

Con hachas laceran su carne,
 se mofan de su testa ensangrentada,
 de las heridas brota el tiempo y la materia,
 las esferas detienen su rotación en su presencia.

El cuerpo infantil dio paso a la plenitud,
 regresa a la oscuridad materna,
 tres jornadas completarán su gestación.

Dialogará con los huesos del anciano,
 venerará las antiguas tradiciones,
 las puertas se ensancharán en su recuerdo,
 las rocas se precipitan a su paso.

Antes que el sol resurja del oriente,
 el niño victorioso reclamará su corona,
 las mujeres desmallarán frente a su fe,
 los hombres correrán para tocarlo.

Mírenlo de vuelta sobre el monte,
 los arboles ya no le sirven de solio,
 las nubes son su sitial,
 entronizado donde le corresponde,
 entre el amor y la misericordia.

La sabiduría a sus pies,
en sus manos la justicia,
en su regazó la esperanza,
lo corona la caridad.

El sol es recuerdo de su amor,
la luz en hora cuarta lo remembra,
melancolía trocada en júbilo,
preclara palabra, vital resolana.

Visita el campo que le dio refugio,
los chicalotes, polocotes, toloaches y flamboyanes
forman su hato fulgurante,
la jacaranda le dio alfombra purpurea,
flabelos de anacahuita y huizaches lo escoltan,
aureola de sanjosés y chochas.

En el monte no existen ruinas,
los vestigios son tradición,
la memoria y el paisaje se confunden,
empatados las manos y las flores.

En su trono descansan los dos perros,
su carro victorioso, una tortuga.
Es mi casa el cosmos contenido.